

XXII Domingo Tiempo ordinario

Deuteronomico 4, 1-2. 6-8; Santiago 1, 17-18. 21-22. 27; Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23

«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí»

2 Septiembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Tal vez sea ésa la perfección que quisiéramos vivir cada día: vivir cada paso, sin miedo, sin angustia, confiando en el Dios que nos sostiene y camina a nuestro lado»

Como ante todo nuevo comienzo, el corazón se alegra con este nuevo curso. En la película «Warhorse» dice el protagonista: «Yo no sé mucho sobre la vida, pero sí sé que hay días grandes y días pequeños. La mayoría son días pequeños y no le importan mucho a nadie, pero hoy es un gran día». Y ese día va a marcar su vida para siempre. Desde el día en que logra arar el campo con su caballo, cuando nadie creía en sus posibilidades, cambia su vida. Se da cuenta de algo muy importante, tiene que luchar por lograr aquello en lo que cree, aquello que quiere conseguir, esa meta que marcará su vuelo. Así queremos mirar la vida. Queremos optar cada día por Dios. Hoy puede ser un día grande. En la misma película, le dice una niña a su abuelo: «¿Nunca has hecho nada valiente en tu vida?» Y él le responde: «A lo mejor hay distintas formas de ser valiente. Las palomas mensajeras las sueltan en el frente y tienen que regresar a casa. Vuelan sobre el frente, sobre tanta muerte y dolor, y sólo pueden mirar hacia delante, tienen que llegar a casa. Piensa en ello, ¿hay algo más valiente que eso?». Es el valor de la fidelidad, de la lucha diaria, del esfuerzo que no es valorado por el mundo, pero que merece la pena cuando tenemos claro hacia dónde caminamos. Entonces sí que creemos en los milagros, porque Dios está detrás de cada paso. **Entonces la vida sí merece la pena, porque cada día es un día grande y siempre de nuevo tenemos la oportunidad de ser valientes.**

El camino que recorremos acaba formando parte de nuestra vida. Vamos dejando algo de nosotros en cada huella y nos llevamos algo nuevo en el alma. Cada lugar es importante, cada día, cada palmo de tierra. Pero hay pasos más importantes que otros, son esas huellas en las que descubrimos la presencia Dios. Decía Neil Armstrong cuando visitó Tierra Santa: «Valoró más pisar los escalones de la escalera sobre la que pisó Jesús que haber hollado la luna». Cuando hollamos los pasos de Cristo es diferente. La vida se va haciendo en cada decisión y ahí descubrimos los pasos de Dios en nosotros. Nos vamos haciendo cada día de su mano. Lo importante es caminar con Él. Leía hace un tiempo: «Esta vida es lo que hacemos. Sólo porque nos equivoquemos no significa que vayamos a fracasar en todo. Sigue intentándolo, espera y siempre cree en ti mismo. Mantén la sonrisa, porque la vida es hermosa y hay mucho por lo que sonreír»¹. Con una sonrisa queremos recorrer nuestra vida. Con una sonrisa, aunque el caminar nos vaya dejando heridos; con el viento que se lleva algo de nosotros. Con el sol que nos abrasa. Caminamos con la torpeza de los niños que se saben aún frágiles para la vida. Con algo de nostalgia por el camino recorrido. Con cierto temor ante el futuro incierto. A veces nos detenemos, a veces seguimos. No tenemos miedo al viento que se levanta cuando menos lo esperamos y nos quita la paz. De nada vale pretender que el viento no existe. No lo controlamos. Solo podemos caminar con fe y saber que la vida tiene altibajos. Vientos molestos, lluvias inesperadas, aguas revueltas. Éxitos y fracasos. Pero, como decía La Madre Teresa: «No he sido llamada para tener éxito, sino para ser fiel». Y el camino nos anima cada mañana a ser fieles. Una vez más, siempre de nuevo. Por eso quisiéramos mantener la mirada fija y el timón firme para no perder la ruta. Porque

¹ Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 127

nuestra meta es siempre la santidad, la fidelidad a Dios. Escribía Viktor Frankl: «*Creo que hasta los mismos santos no se preocupan de otra cosa que no sea servir a Dios y dudo siquiera que piensen en ser santos. Si así fuera serían perfeccionistas, pero no santos*»². Tal vez sea ésa la perfección que quisiéramos vivir cada día: vivir cada paso, sin miedo, sin angustia, confiando en el Dios que nos sostiene y camina a nuestro lado. A veces nos asusta la fugacidad de lo terreno. Como si nada pudiera ser eterno y permanecer para siempre. Confiamos y damos cada paso a su tiempo. Sin prisa. Sin pausa. **Somos camino por hacer, historia desgranada a cada paso. El tiempo pasa y Dios camina con nosotros.**

Puede ser que la soledad llegue a abrumar nuestro caminar sincero. Quizás no estamos acostumbrados al silencio. Duele la soledad en el alma. Todos nos confrontamos con la soledad. Aunque parezca que estamos muy acompañados. Es la soledad del silencio cuando no hay razones y sobran las palabras. Pocas cosas importan. La soledad es aprender a convivir con uno mismo, con nuestras dudas y miedos, con el dolor y con la pérdida, con nuestra oscuridad desconocida hasta el momento y súbitamente descubierta. Nos asusta quedarnos a solas con nuestra vida, a solas con Dios. Me emocionan las palabras del hermano Rafael Arnaiz: «*Ama con locura lo que el mundo desprecia porque no conoce, adora en silencio esa Cruz que es tu tesoro sin que nadie se entere. Medita en silencio a sus pies, las grandes de Dios, las maravillas de María, las miserias del hombre del que nada debes esperar. Sigue tu vida siempre en silencio; amando, adorando y uniéndote a la Cruz. ¿Qué más quieres?*». Es necesaria esa soledad que nos acalla, que calma el viento del alma. La soledad de no poder decir nada, de andar y rezar. La soledad que pacifica el corazón. Decía Benedicto XVI: «*El silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido*». El silencio forma parte de nuestro caminar. De nuestro andar cansado. Sin nada que temer. Sin nada que ocultar a los ojos de Dios que nos mira. La sencillez de la vida. Sólo el esfuerzo cansado de la diaria fatiga. Mejor no hablar. Con la piel seca después del camino. Y la calma dibujada en la tarde que se esconde. Con ese sol cotidiano que siembra sombras. En un tono rojizo; es el extraño preludio de la noche. **Hay calma en el corazón. El alma se acostumbra al silencio y en él aprende y vive.**

El camino siempre tiene algún alto que detiene temporalmente nuestro andar. Un momento en el que los pasos paran súbitamente y por un tiempo. Un momento gris y dulce a la vez. Un momento extraño y siempre nuevo. Son esos momentos en los que el corazón se calma y está inquieto al mismo tiempo. ¿Cuánto puede durar la misma pausa? ¿Hacia dónde continúa el camino? Todo se detiene a nuestro alrededor. Pero poco importa cuando hay un sentido por el que luchar. Entonces todo parece encontrar su razón de ser. Aunque no entendemos las pausas ni el sufrimiento. Me conmueven las palabras que escribe Tatiana, cuando le preguntaban sobre la enfermedad que sufre hoy: «*Tienes que tener un sentido, algo por lo que luchar. Yo ya he vivido mucho, tengo mucho por lo que estar agradecida, he disfrutado mucho de la vida. Una enfermedad se afronta de forma diferente si tienes un sentido de vida. Sé que nadie es imprescindible, pero pienso que mis hijas, mi madre, mi hermana me necesitan y pienso que tal vez estaría muy bien vivir unos años más. Pero ¿ves? Yo tengo un sentido de vida, y es que puedo servir para algo. Si el ser humano no tiene un sentido de vida, se deja morir. El sentido de vida no tiene por qué ser algo muy grande, sino algo que te haga estar en la tierra, que te haga sentir que sirves de algo. Todo el mundo sirve de algo pero lo tenemos que sentir nosotros*».

Esta reflexión nos ayuda a aceptar esas paradas obligadas o necesarias en el camino. Tal vez nos sirven para preguntarnos por el sentido de nuestro caminar. ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es la siguiente etapa? ¿Vamos por el buen camino? A veces surgen las dudas en el rumbo. Entonces descubrimos que es un parar algo efímero. Porque luego sigue el camino, volvemos a decidir qué ruta elegimos. Se retoma la senda marcada. El corazón vuelve a latir con fuerza. Súbitamente comprendemos que la eternidad es nuestra meta final. En el camino hay pausas y metas. Pero la meta final brilla. Por eso no importa tanto la etapa

² Viktor Frankl, “El hombre en busca de sentido”

recorrida. Tampoco importan las que vienen después del silencio de la noche. Nuevas etapas llenas de cuestas y bajadas, de amores y desamores, de alegrías y sinsabores. Poco importa mientras tengamos la meta final clara. Cada día tiene su afán, cada paso su medida. ¿Para qué inquietarnos con lo que no controlamos? Es necesario un sentido que dé valor a las cosas de cada día. Sin agobiarnos pensando que no podremos, que nos faltarán las fuerzas, que no somos capaces. **Las cosas suelen tener la importancia que les damos.**

Aprendemos a caminar dando los primeros pasos y descubriendo que nuestras caídas forman parte del aprendizaje. En ese caminar nuestro son importantes las palabras que Dios le dirige hoy a su pueblo: «*Y ahora, Israel, escucha los preceptos y las normas que yo os enseño para que las pongáis en práctica, a fin de que viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que os da Yahveh, Dios de vuestros padres. No añadiréis nada a lo que yo os mando, ni quitaréis nada; Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos estos preceptos, dirán: -Ciento que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente. Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahveh nuestro Dios siempre que le invocamos? Y, ¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?» Deuteronomio 4, 1-2. 6-8.* Queremos ser sabios e inteligentes. El pueblo de Dios era sabio porque Dios estaba a su lado, muy cerca. Hoy el Señor pone el acento en la obediencia a las normas que nos da y en el amor profundo que nos tiene. San Agustín, a quien hemos recordado estos días, decía: «*Dios escribió en las tablas de la Ley lo que los hombres no alcanzaban a leer en sus corazones*». Él quiso vivir sólo para Dios, aunque tardó en escuchar la voz que lo llamaba en su interior: «*Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo. Gusté de ti y ahora siento hambre y sed de ti. Me tocaste y deseé con ansia la paz que procede de ti*». Hemos sido elegidos por Dios y Él guarda nuestra vida. Es sabio e inteligente el que escucha los deseos de Dios y los lleva a la práctica. Se nos olvida muy a menudo. Queremos hacer nuestro propio camino y no seguir el camino que nadie nos marca. Obedecer flechas parece demasiado duro y vulgar. El corazón se rebela. ¿Hace falta rebeldía para seguir al Señor o es necesario un corazón dócil, capacitado para la obediencia? Lo hemos repetido hoy en el salmo: «*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda? El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con la lengua. El que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino, el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor. El que no retracta lo que juró aun en daño propio, el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obre nunca fallará*» Sal 14, 2-5. El que obedece las palabras del Señor alcanza la sabiduría. El que se rebela contra la mano del Dios que lo ama, se aísla y se cierra en la amargura. Aunque no siempre nos resulta tan fácil obedecer. **Hoy quisiéramos tener un corazón abierto a su voluntad, sumiso ante sus deseos, obediente en el camino.**

Hoy las palabras del Señor son duras contra los hipócritas y nosotros nos sentimos interpelados por tal acusación. En aquel momento los fariseos se sintieron tocados por sus palabras. Hoy nosotros escuchamos ese grito: «*hipócritas*» y vemos que al Señor no le falta razón: «*Él les dijo: -Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: - Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres. Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres.*» Somos hipócritas muchas veces. Decimos que queremos vivir de una manera determinada, con coherencia y aspirando a la santidad, y poco más tarde nos arrastramos por la vida dejando olvidado los buenos propósitos. Es necesario recordar lo que decía San Ignacio de Antioquía: «*Los que hacen profesión de pertenecer a Cristo, se distinguen por sus obras*». Pero nosotros muchas veces nos aferramos a la moda de los hombres, a los gustos de nuestra época, a las costumbres arraigadas en nuestro corazón, que le pertenece todavía al hombre viejo que sigue mandando en nosotros. Sí, nos sentimos hipócritas cada vez que pensamos que somos mejores que los que están lejos de la iglesia, o que aquellos cuyo pecado es conocido para el mundo. Nos sentimos mejores pero nuestro interior está herido.

Estamos fragmentados por dentro, como leía el otro día: «*Somos una sociedad fragmentada, constituida por hombres fragmentados. No debería enfrentarse ningún dolor sin construir puentes de alivio. Ningún error debería enmendarse sin generar un aprendizaje*»³. Pero mientras no enfrentemos nuestras incoherencias, nuestras luchas infructuosas, mientras no aceptemos nuestros fracasos sin vergüenza y nuestros miedos sin pudor, no lograremos mirar nuestra vida con tranquilidad. Somos hipócritas cuando pensamos de una forma determinada y actuamos según otros principios. Alabamos con los labios y no con el corazón. **Jugamos con la vida y no nos la tomamos en serio. Como si los actos no importaran tanto.**

Y, al mismo tiempo, tenemos gran facilidad para ver la impureza en los corazones de los demás y pasar por alto nuestras caídas. Nos resulta sencillo criticar, hablar mal de los demás y destacar lo que no es puro. Así les pasaba a los fariseos, que se comportaban como hipócritas: «*Se reúnen junto a él los fariseos, así como algunos escribas venidos de Jerusalén. Y al ver que algunos de sus discípulos comían con manos impuras, es decir, no lavadas -es que los fariseos y todos los judíos no comen sin haberse lavado las manos hasta el codo, aferrados a la tradición de los antiguos, y al volver de la plaza, si no se bañan, no comen; y hay muchas cosas que observan por tradición, como la purificación de copas, jarros y bandejas-. Por ello, los fariseos y los escribas le preguntaban: -¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?»* Los juicios sobre los demás los hacemos nosotros con frecuencia. Hoy Jesús pone la mirada en lo realmente importante en nuestra vida. Tal vez nosotros nos solemos quedar muchas veces en las apariencias. Nos fijamos en la limpieza exterior, en las formas que parecen hacer referencia a una realidad. Por eso juzgamos fijándonos en lo que vemos con los ojos y no con el corazón. Lo que parece que es, pensamos que es todo lo que hay. Pero hay mucho más en el corazón de cada hombre y en nuestro propio corazón. Las apariencias pueden llevarnos a equívocos. Una persona me comentaba lo difícil que resulta no juzgar por las apariencias: «*Sin fe, es muy fácil etiquetar a las personas y no reconocer su dignidad. Sin fe es imposible ver esperanza donde humanamente no la hay. Si no nos anclamos en el evangelio, es muy fácil crear un mundo basado en un amor y una justicia humanas que no llevan muy lejos.*» ¡Con qué frecuencia juzgamos y condenamos a los demás! Por su forma de vestir, de hablar, de comportarse. Por sus actos, por sus gestos. **La apariencia nos importa demasiado y, a veces, no vamos más allá, no profundizamos.**

Somos hipócritas cuando nos fijamos en los errores de los demás, en sus defectos y pecados, y pasamos por alto los nuestros. Si uno fuera fiel a su vocación, a su camino, a sus decisiones, todo sería diferente. Porque nuestra sociedad tiene ya demasiados ejemplos incoherentes que hacen que las palabras de Jesús sigan hoy teniendo tanta fuerza. Si fuéramos coherentes y consecuentes nuestra vida cambiaría el mundo: «*Felices quienes intentan descubrir en los demás lo positivo que tienen y disculpan sus errores. Felices quienes trabajan por la paz en su vida y luchan a la vez por la justicia en el mundo. Felices los que aprenden de los errores y saben aprovechar las lecciones que la adversidad encierra.*» Con esa mirada desaparecería la hipocresía del corazón. Porque entonces seríamos capaces de valorar la riqueza que hay en los demás. Decía el Cura de Ars: «*Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.*» Se nos presenta el camino correcto, el camino de la oración y del silencio, el camino de la aceptación de la propia vida mirando cara a cara al Señor. Dios es capaz de agrandar nuestro corazón pequeño. Él lo puede hacer capaz para la vida y para el amor. **Si nos abandonamos en sus manos, si cuidamos nuestros silencios, Él actúa.**

Pero, al mismo tiempo que juzgamos a otros, somos nosotros también juzgados por el mundo. Y ese juicio nos incomoda y afecta. Por eso cuidamos tanto nuestra propia

³ Augusto Cury, “La revolución de los anónimos”, 184

apariencia, nuestra imagen, para no ser juzgados, para ser aceptados. Limpiamos la superficie cuando, tal vez, el interior permanece inaccesible para nosotros mismos. El otro día leía algo muy cierto: «*No dejes que las críticas te preoculen, no se puede complacer a todo el mundo*»⁴. Pretendemos dar una imagen limpia, pulcra, inmaculada y en nuestro interior puede que reine el pecado. Por eso es bueno recordar hoy las palabras de Santa Teresa de Lisieux: «*Cuando no se nos comprende o se nos juzga desfavorablemente, ¿a qué defendernos o dar explicaciones? Dejémoslo pasar, no digamos nada, ¡es tan bueno no decir nada, dejarse juzgar, digan lo que digan!*». Cuando seamos juzgados y hablen mal de nosotros, mantengamos silencio. ¡Cuánto nos cuesta no defendernos con fuerza, atacando al que nos ofende! Nos importa demasiado lo que piensan los demás de nuestra vida. Su juicio, favorable o reprobatorio, nos levanta o nos hunde. Porque, lo sabemos muy bien, todo, como nos lo dice hoy Jesús, se juega en el corazón del hombre: «*Oídme todos y entended. Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre*» Marcos 7, 1-8. 14-15. Nuestro corazón es fuente del bien o del mal. Cuando nos dejamos llevar, y nos dormimos, no somos fuente de paz. Aunque la superficie del volcán esté cubierta de nieve, sigue siendo un volcán. ¿Quién manda en nuestro corazón? Nos cuesta creer en la elección de Dios y en el don que es nuestra vida. **Nos cuesta querernos como somos y alegrarnos con nuestro camino, sin creer que tenemos que ser aceptados y aprobados por todos, para tener así valor.**

Quisiéramos que nuestro corazón viviera siempre en paz, tranquilo y alegre. El P. Kentenich nos señala dónde reside la fuente de la verdadera alegría: «*El que posee en su vida la fe en la Providencia nunca puede estar realmente triste en forma profunda; debe tener siempre la alegría cotidiana. Y ésta consiste en la entrega sencilla a la voluntad de Dios. Quiero educarme para ser un maestro de alegría y un modelo de alegría*»⁵. Es la pregunta que nos hacemos con frecuencia: ¿qué quiere Dios de nosotros? Así nos responde Benedicto XVI: «*Dios quiere que amemos, que seamos imagen y semejanza suya. Porque, como dice San Juan, Él es amor, y quiere que sus criaturas se asemejen a Él, que escogiendo libremente amar sean como Él, y le pertenezcan, para que así resplandezca su Amor*»⁶. Estamos llamados a ser imagen de Dios que es amor, queremos ser instrumentos de su amor, fuentes de amor para muchos. Queremos comenzar un nuevo curso con un corazón renovado, un corazón que sea capaz de sembrar siempre amor allí donde se encuentre. Decía la Madre Teresa: «*No debemos permitir que alguien se aleje de nuestra presencia sin sentirse mejor y más feliz*». Cada curso nos plantea el desafío de volver a comenzar: «*Siempre nos hallamos ante un nuevo comienzo y eso mismo conlleva las esperanzas de todo comienzo*»⁷. Hoy volvemos a recordar que la vida es un don y como tal hay que vivirla con esperanza y alegría: «*Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de rotación. Por eso, desechar toda inmundicia y abundancia de mal y recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas. Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo*» Santiago 1, 17-18. 21-22. 27. Santiago nos recuerda que Dios ha sembrado su Palabra en nuestros corazones y nos llama a vivir en su alegría. Es el sentido de nuestro camino. Decía el P. Kentenich: «*Sé que, en la cruz y el sufrimiento, e incluso en el pecado, incluso en la tristeza transitoria, tengo una demostración del amor divino*»⁸. Dios nos revela el amor que ha sembrado en el alma. **Pero nos cuesta leer con calma lo que está grabado allí.**

⁴ Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 70

⁵ J. Kentenich, “las fuentes de la alegría”, 151

⁶ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 308

⁷ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 292

⁸ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 121